

SUMARIO

Ración de mochila y cocinas de campaña, X.—Presentaciones y despedidas, por Benjamín Romero, capitán de Infantería.—Breve historia política y militar de Alfonso XI, por Federico Pita, capitán de Infantería.—El servicio de comunicaciones en Inglaterra.—Observaciones sobre el ejército japonés durante la guerra de la Manchuria.—Ejercicios de tiro contra el «San Marcos» en los Estados Unidos.

BIBLIOTECA

Pliegos 23 y 24, Un año en el ejército italiano, por D. R. Marín del Campo.—Pliego 5, Instrucción de Tiro con Ametralladoras en el extranjero.—Pliego 3, Resolución de los problemas de tiro sobre el campo de batalla, por el capitán M. E. Mondeil.

RACIÓN DE MOCHILA Y COCINAS DE CAMPAÑA

Puestas sobre el tapete estas cuestiones, y conocida su importancia, se hará gracia al lector de un exordio inútil, y, entrando desde luego en materia, se dirá que las soluciones presentadas hasta el día á la primera cuestión, no han resultado satisfactorias, porque si bien han sido estudiadas desde el punto de vista técnico, constituyéndolas con los principios necesarios para la nutrición del individuo, no lo han sido desde el punto de vista de la idiosincrasia nacional, resultando que la carne en conserva de procedencia norte-americana, repugna á nuestras tropas, no por su calidad, que es buena, sino por su preparación que la hace inaceptable, á causa de su exceso de sebo y sal común y su carencia de avíos, amén de venir en grandes trozos, que hay que dividir, para lo cual en campaña casi siempre faltan medios adecuados.

El chorizo en cambio es consumido con gusto por la tropa, principalmente porque su condimento lo hace apetitoso, y de esto parece deducirse que sería ventajoso substituir la llamada carne de Chicago, por otra conserva genuinamente nacional, que no habría de ser de confección difícil.

Hay para ello la dificultad de que hasta el presente no tiene el Estado fábricas de conservas alimenticias para el ejército, y que la industria particular, que las tiene bien montadas, quizá fuera exigente en los precios. El asunto sin embargo es de tal importancia, que merece la pena de tantear tal cuestión, y, para evitar dispendios inútiles, podría efectuarse un contrato con alguna fábrica, durante el periodo de ensayos, con la condición precisa de que sus manipulaciones fueran inspeccionadas por algún jefe ú oficial de la Intendencia, aficionado á tales asuntos, á fin de

marcar la pauta que luego hubiera de seguirse en la fabricación en grande escala, la cual podría llevarse á cabo por el Estado, si conviniese, ó bien por los particulares, con las garantías que se estimasen necesarias, que nunca serían pocas tratándose de un asunto tan delicado.

Los tanteos previos que se efectuasen, marcarían de un modo preciso la dosificación de carne, grasa y condimentos que había de constituir cada ración, y dicho está que para economizar envases, podrían colocarse en latas adecuadas que contuvieran varias raciones, sobrentendiéndose que la preparación había de ser tal que se pudiese consumir fría ó caliente. Sería de suma utilidad, que se estampase en el envase, el nombre de la fábrica y fecha de la confección, reglamentándose el período máximo de tiempo que habrían de durar.

A título de curiosidad, se propone la ración siguiente: 200 gramos de carne de vaca y 50 de tocino, picados como para chorizos, adobados fuertemente con ajos crudos machacados, pimentón y sal, cocidos al vapor y envasados con las precauciones ya sabidas, para lograr su conservación.

El complemento de esta ración, serían las legumbres, que deberían suministrarse aparte y en seco, para disminuir peso y volumen. Ahora bien, el garbanzo, de que se hace un uso tan general en España, en compensación de sus buenas cualidades alimenticias, tiene el inconveniente de su lentitud para la cocción y de la imposibilidad de ablandarlos con aguas duras, por la impermeabilidad de la película que le cubre, y otro tanto ocurre con las demás leguminosas (habichuelas, habas, lentejas, etcétera.) Hoy que la mecánica está tan adelantada, no parecerá una utopía proponer que las legumbres fueran previamente descorticadas y molidas luego, mezclándolas en las proporciones que se estimasen más convenientes, pues no hay precisión de que la ración se componga de una sola legumbre, siendo, por el contrario, muy útil mezclarlas, para que el puré resultante sea más nutritivo y menos fatigoso para el estómago.

Tal harina se envasaría en latas, sometiéndola á fuerte presión, tomando todas las precauciones necesarias para que no pudiera descomponerse por la humedad exterior ni interior, llevando también su fecha y firma y de esta manera se tendría resuelto el problema de la alimentación de la tropa en circunstancias difíciles, pues si no se podía encender fuego, el soldado consumiría su ración de carne fiambre, y, si era posible, en cuanto hirviese el agua, se podía volcar aquélla en ésta, revolver un poco, é *incontinenti* añadir el puré de legumbres, quedando hecho el rancho caliente en menos de una hora, pues para abreviar, se podía poner los dos tercios del agua necesaria para todas las plazas, confeccionar las gachas, y para no tener que esperar, añadir un tercio de agua fría, con lo que el conjunto resultaría á muy buen temple, para ser comido sin pérdida de tiempo.

Quizá se crea que el soldado repugnaría esos puches; mientras no se

ensaye, nada se puede decir, pero el articulista (que lleva 30 años en filas sin interrupción) ha visto con frecuencia, que muchos soldados *motu proprio*, aplastan en su escudilla los garbanzos con la cuchara, antes de llevarlos á la boca.

Si esta solución no parece aceptable, estúdiense otras, pero téngase en cuenta que el estómago de nuestro soldado no soporta á diario medio kilo de arroz, ni un kilo de patatas, artículos á los que, aun siendo buenos, tienen aversión, porque tanto aquel como éstas, necesitan estar preparados con más medios y esmero que los que generalmente pueden emplearse en los cuarteles y campamentos.

Es posible que las soluciones que se proponen resultasen más caras que las actuales, pero esto no debe arredrar en asunto de tal vital importancia.

Las pastillas de azúcar y café ensayadas, son buenas, pero la novedad de ellas ha sido causa de que á los impresionables les hayan estrañado, sin razón en verdad, pero no debe olvidarse el influjo que ejerce la imaginación de algunos en tales cuestiones. Aparte de esto, tienen el inconveniente de no poderse consumir en crudo. Por tal razón, parece que sería preferible sustituirlas por pastillas de chocolate, las cuales serían admitidas con agrado unánimemente por la tropa.

Fabricándolas con cacao económico (Fernando Póo, por ejemplo) y cargándolas de azúcar, podrían obtenerse á 0,10 de peseta los 50 gramos que con pan sería un buen desayuno, en crudo ó en infusión.

Habría que entregarlas á la tropa en el momento de consumirlas, pues si no, desaparecerían al momento.

No convendría tomar este artículo de la industria particular, por ser un género que se expende muy adulterado, y á veces en forma nociva á la salud.

Respecto á los carros-cocinas de que á veces se habla, tendrían el inconveniente de aumentar las impedimentas de los cuerpos, exigiendo previamente la existencia de buenos caminos, y restando movilidad á las tropas que de ellos dependiesen. Mejor solución parece que sería el juego de ollas de compañía, de una forma más portátil á lomo que las actuales, completado con paelleras y útiles de cocina y de matarife. Cuando la fuerza tuviera que disgregarse, podría guisar en calderetas con tapa utilizable como sartén, para grupos de á cuatro, y el que llevara este artefacto estaría libre de transportar raciones.

En marchas ó instrucciones, debería siempre el soldado ir provisto de ellas, como de sus cartuchos, presentando unas y otros en las revistas, para que los oficiales y tropa se familiarizasen con la idea de qué forman una parte integrante del soldado, suprimiéndose en cambio un cúmulo de zarandajas completamente inútiles, que no responden á más fin que el de la visualidad.

Intencionadamente no se hace en estas líneas mas que bosquejar la cuestión: los centros directivos con más suficiencia, datos y recursos, son los llamados á explanarla, y en tanto el articulista tiene la inmodestia de creer que no podrá tildarse su artículo de *falta de substancia*.

X.

PRESENTACIONES Y DESPEDIDAS

En uno de los últimos números de esta Revista se trató de tan interesante tema que, sin haber merecido atención alguna hasta ahora, precisa de urgente modificación por lo anacrónico y poco práctico de sus procedimientos.

Conformes en un todo con el espíritu que informa aquel sensato escrito, inspirado en la más absoluta realidad, nos permitiremos algunas otras consideraciones que seguramente están en la conciencia de todos; son hijas asimismo de la observación, impuestas, á nuestro entender, para la mayor regularidad de los servicios y ¿porqué no decirlo también? con objeto de evitar que, simplificando tales deberes, puedan eludirse nunca.

Las presentaciones y despedidas deben subsistir en la forma actual, tan solo, para las incorporaciones á un nuevo destino ó al ser baja definitiva en él y en los demás casos, que son los numerosos, pudiera crearse un impreso oficial en el que únicamente se precisaran llenar determinadas palabras referentes al motivo de la marcha ó regreso (licencias, comisiones, permisos, altas por enfermo etc., etc.), su duración y con que autorización, documento que se remitiría á todos los superiores á que se está obligado actualmente y surtiría los efectos para las anotaciones en los libros correspondientes.

Mejor perfeccionada la idea, más aún, asegurado el procedimiento, lo que se ganaría en comodidad y rapidez, ya que todo quedaría reducido á llenar unos cuantos formularios y enviarlos por un ordenanza á su destino, no lo habrían de perder la formalidad del medio empleado, el buen deseo, ni el mejor servicio.

No hay detalles pequeños que no merezcan atención y tanto más cuando, de hacerlo, hubieran de alcanzarse fines eminentemente prácticos.

En nuestra bien pequeña esfera de acción, venimos autorizando los procedimientos expuestos, desde hace cerca de once años, y podemos asegurar que nunca se dió el caso de que por tales medios se imposibilitaran ó descuidaran aquellas obligaciones.

BENJAMIN ROMERO.
Capitán de Infantería.

BREVE HISTORIA POLÍTICA Y MILITAR DE ALFONSO XI

(Continuación)

IV

Campañas con los moros (1329-1349)

Dejamos á Alfonso XI en sus principios guerreros con los árabes, de los que vino á distraerle su amorosa pasión por D.^a Leonor de Guzmán.

Debido á esto, hizose intermitente la lucha, y sus resultados tan varios como parciales.

El rey Mahomed IV, que habia tomado á los cristianos Gibraltar, Marbella, Ronda y Algeciras, fué, á su vez, desposeido del primero por las fuerzas del rey de Fez, Abul-Hassan, que en son de guerra cruzaron el estrecho de Gibraltar.

Un pacto unió á los dos monarcas musulmanes, con gran perjuicio de los intereses cristianos.

“Los cristianos fueron con gran poder, como narra el historiador árabe, sobre la fortaleza de Gibeltarie, porque conocian su importancia como llave que era de Andalucía; y aunque los caudillos de Abul-Hassan defendian bien la plaza, fuéronseles apurando las provisiones, sin quedarles esperanza de socorro por la parte de Africa, porque los cristianos tenian cercada la frontera por mar y por tierra y sus galeras cruzaban constantemente el estrecho y no dejaban llegar vituallas,..”

En este primer cerco, demostró el rey Alfonso sus dotes militares al medir sus armas con las fuerzas del enemigo. Como al bajar las fuerzas cristianas de Sierra Carbonera, tratáse el enemigo de combatiirlas aisladamente para destrozarlas, el rey de Castilla ordenó apoyar los flancos en columnas fuertes y formar una retaguardia que protegiese la espalda de sus tropas. Con tales precauciones al atacar el enemigo la columna principal, se vió atacado por todos lados y puesto en fuga.

El auxilio prestado por el rey de Granada á los sitiados, obligó á los españoles á levantar el campo, si bien firmándose una tregua de cuatro años (1333) entre el musulman Yusuf-Abul-Hagiag, sucesor de Mahomed IV, y Alfonso XI.

La tregua consistió en pagar el de Granada las mismas parias que antes y obtener permiso para poder exportar ganado de sus dominios.

Quedan ociosas las armas españolas durante una década, pues puede afirmarse que hasta el año de 1339, no se emprende ninguna campaña de positivos resultados contra los moros.

Los amores de D.^a Leonor, como ya hemos visto, y las revueltas poli-

ticas interiores con los rebeldes nobles y el infante D. Manuel, embargaron la atención del rey por completo.

Fué necesario que en 1339 la alarma de una peligrosa invasión árabe pusiese á los príncipes cristianos de acuerdo para la defensa de sus Estados.

Según rumores muy extendidos por Castilla, el rey de Marruecos y de Fez, Abul-Hassan, dueño ya de Algeciras y de Gibraltar, sordamente iba acumulando en estos lugares fuerzas y armamentos, para verificar una invasión más terrible que aquellas que los almohades y los almoravides, habian realizado.

Parecían volver los tiempos angustiosos de Alfonso V y Alfonso VIII, por los temores nacidos ante la amenaza de la nueva irrupción; pero así como aquellos espantos y temores se dispararon gloriosamente, por el esfuerzo común de los cristianos en Calatañazor y en las Navas de Tolosa; así estos otros habian de convertirse en firmes jalones de grandes victorias, cada vez más cercanas al fin de la dominación musulmana.

Alfonso XI dióse prisa á reunir sus cortes en Burgos con el fin de obtener subsidios; el monarca aragonés solicitó y alcanzó del papa la concesión del diezmo de las rentas eclesiásticas, y convenidos ambos monarcas con el de Portugal, se aprestaron á la guerra terrestre y marítima en la forma necesaria para vencer y destruir al común enemigo.

Se tomaron por Castilla galeras genovesas á sueldo; Portugal envió las suyas, y Aragón contribuyó con doce; el ejército se reforzó y se organizó con cuantos medios se tuvieron á mano; pero á pesar de esto no llegaba á la dozava parte del ejército árabe, numeroso y dispuesto á luchar, con la desesperación del que se considera perdido para siempre, si no obtiene la victoria.

Salen D. Alfonso, de Sevilla, con sus tropas. Su estado mayor lo forman D. Gil de Albornoz, Arzobispo de Toledo, D. Juan Alfonso de Alburquerque, el infante D. Juan Manuel y D. Juan Núñez de Lara. Lo más florido de la nobleza castellana nutre las filas del Ejército; las órdenes militares marchan á la lucha conducidas por sus jefes; los cuerpos de los Concejos, van con el fuego sagrado que tal cruzada despierta en todos; no les arredra el número del contrario; con ellos pelea la fe, y de la fe esperan el triunfo.

Entrase con ánimo resuelto por tierras morunas; de ellas van huyendo los moradores, que presienten la derrota. Las comarcas de Antequera, Archidona y Ronda se hallan desiertas; sus habitantes ó se han refugiado en las plazas fuertes, ó han buscado un apoyo en las breñas y riscos de las sierras.

Tala el ejército el país enemigo, apodérase de rico botín y regresa á Sevilla á reforzarse, dejando como avanzadas, fuertes destacamentos en Tarifa, Arcos y Jerez, mandados por D. Fernando Pérez de Portocarrero, D. Fernando Pérez de León y D. Alfonso de Biezma á las órdenes del gran Maestre de Alcántara D. Gonzalo Martínez de Oviedo.

Las naves castellanas y aragonesas á las órdenes de Gilabert de Cruyllas, permanecieron todo el invierno sin poder realizar ninguna operación de monta, ni evitar el continuo desembarco de refuerzos que cruzaban el estrecho.

Mientras tanto, el rey de Castilla, después de reunir Cortes en Madrid y obtener los subsidios consiguientes á tan grande empresa, ordenó á su ejército la presteza de todo, para ponerse en marcha el mes de marzo de 1340.

La ocasión se presentaba propicia para luchar con el enemigo. Un hecho importante ofrecía á los defensores de la frontera la ocasión de obtener un gran triunfo.

El príncipe Abdel-Melik, hijo de Abul-Hassan, intentó apoderarse por sorpresa de los almacenes que los cristianos tenían en Lebrija. Cayeron los castellanos sobre los rapaces moros, al retirarse éstos en su correría y con un rico botín en ganado, caballos de guerra y despojos que les recobraron, se restituyeron á Arcos con los prisioneros que les habían hecho.

Abdel-Melik, que seguía, aunque muy lentamente, la marcha sobre Lebrija, precedido de una vanguardia de 500 berberiscos, no se enteró de este triunfo de los cristianos. Sorprendidos por ellos, los berberiscos de la vanguardia, fueron acuchillados.

Estas victorias parciales dieron ánimos á los del Ejército castellano para emprender más fuertes operaciones, y así fué, que atacando por sorpresa el campamento de Abdel-Melik, alancearon sus tropas en las mismas tiendas de campaña, obteniendo un triunfo de gran efecto moral sobre el enemigo, y de no poca importancia para las armas castellanas.

... “E aquel rey Abomelique, — dice la crónica — metióse en una breña de zarzas cerca del arroyo. Et estando allí escondido llegaron por allí los cristianos et desque los vió, echóse como en manera de muerto; et un cristiano vió como resollaba et dióle dos lanzadas non le conoysciendo...”

Esta derrota encendió más aún el odio de los africanos, hasta el extremo como dice Condé, “de que escribió el de Féz á todos los Alcaldes de Africa para que le enviasen nuevas tropas, y el de Granada hizo un llamamiento de sus gentes con ánimo de tomar venganza cumplida”.

No nos eran tan felices los sucesos de la guerra naval. En febrero de 1340 murió el almirante de la flota aragonesa, víctima de su valor y entusiasmo, al verificar un desembarco cerca de Algeciras. Una flecha enemi-

ga le quitó la vida y los suyos al verse sin jefes, optaron por retirarse con sus galeras á Cataluña.

Quedaba con esta determinación reducida á veintisiete galeras la flota castellana, flota á todas luces escasa para su cometido en el estrecho, si se tiene en cuenta, que la musulmana ascendía á 250 velas.

Poco, pues, podía hacer Jofre Tenorio, y sin embargo, alguien llegó á presentarlo ante los ojos del rey como sospechoso y vendido á los africanos.

Llegado á su conocimiento tal rumor, creyóse en el caso de vindicar su honra, y con la certeza absoluta del fracaso, lanzó sus naves á desigual y homérico combate.

Casi todas las galeras fueron echadas á pique; el combate horrible, verdaderamente épico, terminó con la muerte del heroico Jofre Tenorio. La Crónica de Alfonso XI, en su capítulo CCXII, nos describe tal hecho en la siguiente forma:

“Et el almirante tenia la una mano en el estandarte; et des que^a via venir los suyos vencidos iba á ferir en los moros, et tornábase luego al estandarte. Pero tan grande fue la priesa que le daban los moros, et tantos de los suyos mataban los que estaban en la nave, que fincaron con él muy pocas campanas, et los moros entraron la galea. Et des que el vió que non tenia gentes con quien la defender, ni le acorria ninguno, abrazó con el un brazo el estandarte et con el otro peleaba et esforzaba á los suyos quanto podia. Et pelearon tanto, fasta que los mataron todos delante, et él abrazado con el estandarte peleó con una espada que tenia en la mano, fasta que le cortaron una pierna, et ovo de caer, et lanzaron de encima de la nave una barra de fierro, et diéronle un golpe en la cabeza de que morió. Et los moros llegaron á él, et cortáronle la cabeza, et echáronla en el mar; et fincó el cuerpo en la galea; et derribaron el estandarte que estaba en la galea; et aquel cuerpo del almirante lleváronlo al rey Albohacen. Et los cristianos de las otras galeas et de las naves non quisieron llegar á la pelea, desque vieron que el estandarte era derribado; et las otras galeas perdidas desamparon aquellas en que estaban...”

* * *

Baldías fueron estas operaciones navales, por el ardimiento y celo mal entendido de los almirantes encargados de ejecutarlas. Sin embargo, y aunque de pasada, en no poco tuvo culpa el monarca castellano, que absorto en sus amores con la Guzman, desatendió por completo las operaciones de la guerra.

Sin embargo, no apesadumbró el desastre el ánimo del monarca. Alfonso XI, ante tan gran derrota que podía influir no poco en el curso de los acontecimientos, sintió renacer sus ardores guerreros y se presenta

ante sus vasallos, "grande, animoso, previsor y resuelto; como político, como guerrero y como monarca."

Interesa de su esposa, la reina doña María, que escriba á su padre, el rey de Portugal, pidiéndole el socorro de las naves de aquel reino para tan árdua empresa, al mismo tiempo que ordena la construcción y armamento de otras naves.

Portugal responde con el envío de su flota á las órdenes de Pezano; Génova, á donde fué Juan Martín de Leiva con representación para contratar naves y marinos á sueldo, envía quince galeras, más la capitana con el almirante Egisdio Bocanegra, al precio de 13.500 florines mensuales; y Aragón, por virtud de tratados con Castilla, se ofrece á concurrir con doce galeras al mando de don Pedro Moncada, marino de ilustre estirpe.

Con las naves de Andalucía, Galicia, Asturias y las salvadas del desastre de Jofre Tenorio, se formó una escuadra castellana á las órdenes de Frey don Alfonso Ortiz de Calderón, con la misión de vigilar la costa á la altura de Tarifa.

Y en verdad, que era tiempo de que algunas fuerzas navales cristianas se presentasen en el estrecho.

La carencia de ellas había permitido cruzarlo á unos 200.000 musulmanes, de los que 70.000 eran de caballería, ascendiendo el total de las gentes venidas de Africa á unas 500.000 personas.

Cuando tal golpe de gente parecía dar las seguridades más completas de triunfo, pasó á España el rey de Marruecos, Abul-Hasan, y se unió en Algeciras, en septiembre de 1340, con el rey de Granada Yusuf-Abul Hagiag, para emprender la lucha contra los cristianos.

La innumerable morisma, que á su paso encontró como primer obstáculo la plaza de Tarifa, se detuvo para sitiaria y arrancarla del poder de los cristianos.

Defendíala con heróico presidio, don Juan Alfonso de Benavides, y los ánimos de los defensores, de suyo exaltados, se alegraron más al contemplar la escuadra de Ortiz Calderón que aparecía en el horizonte, creyéndola protectora de sus esfuerzos y resistencia.

Mas toda esperanza de socorro fué perdida, al ver dispersarse las naves por un fuerte temporal, y con esta dispersión alejarse el refuerzo de hombres y material que se esperaba.

Los musulmanes confiados en esta nueva contrariedad de los sitiados, se achacaban la protección divina, y por consecuencia de ella, la victoria.

(Continuará)

FEDERICO PITA
Capitán de Infantería.

EL SERVICIO DE COMUNICACIONES EN INGLATERRA

En la actualidad, el enlace entre las diversas unidades en campaña estaba asegurado en el ejército por las tropas de ingenieros (compañías de telégrafos) y por cierto número de ciclistas y motociclistas, repartidos entre esas unidades. Para dar á este servicio toda la eficacia deseable, acaba de ser reformada su organización, utilizando los recursos de que se disponía, para constituir un servicio especial, que lleva el nombre de Servicio de Señales.

Los enlaces se establecen por los elementos siguientes en el cuerpo expedicionario:

Un escuadrón de señaladores para la división de caballería.

Seis pelotones de señaladores de los cuales cuatro para las cuatro brigadas de caballería y dos para las dos brigadas montadas (1).

Seis compañías de señaladores, una para cada división de infantería.

Dos compañías de señaladores, con hilo aéreo, para las tropas de ejército.

Dos compañías de señaladores, por cable, para las tropas de ejército.

Una compañía de señaladores sin alambre para las tropas de ejército.

Una compañía de señaladores de las líneas de comunicación, para estas líneas.

El servicio está dirigido por el director de señales, que está representado:

En el cuártel general de la Inspección general de comunicaciones, por el subdirector de señales.

En el cuartel general de una división de caballería, por el oficial que manda el escuadrón de señaladores.

En el cuartel general de una división, por el oficial que manda la compañía de señaladores.

En el Estado mayor de una brigada montada, por el oficial jefe del pelotón de señaladores.

Composición y papel de las unidades de señaladores

Escuadrón de señaladores de una división de caballería

Pelotón A.—Dos estaciones sin alambres, sobre ruedas. Enlace entre el cuartel general de la división de caballería y el gran cuartel general.

(1) Anteriormente no estaba previsto ningún destacamento de telegrafistas para las brigadas de caballería ni para las brigadas montadas, que no disponían más que de los telegrafistas señaladores de los regimientos de caballería que entraban en su composición.

Pelotón B.—Dos estaciones de cable (45 kilómetros de cable y ocho puestos). Enlaces en el interior de la división de caballería y entre la división de caballería y entre la división y los puestos sin alambres que la sirven ó las estaciones telegráficas del país.

Pelotón C.—Una estación sin alambres (sobre ruedas) y tres estaciones sin alambres (sobre bastes). Enlaces entre el cuartel general de la división de caballería y las brigadas ó escuadrones en contacto.

Pelotón D.—Doce ginetes, veintiocho ciclistas, seis motociclistas y dos automóviles. Comunicaciones y transmisión de partes, en concurrencia con los otros medios de que se dispone.

Pelotón de señaladores afecto á una brigada de caballería

Once ginetes, seis ciclistas, tres motociclistas, doce kilómetros de cable y ocho teléfonos portátiles. Comunicaciones á simple vista y transmisión de partes y enlace con las avanzadas y con las estaciones telegráficas del país.

Pelotón de señaladores afecto á una brigada montada

Once ginetes, seis ciclistas, tres motociclistas, doce kilómetros de cable, ocho teléfonos portátiles y dos estaciones sin alambres (sobre baste). Comunicaciones á simple vista y transmisión de partes, y enlaces con el gran cuartel general y el cuartel general de la división de caballería.

Compañía de señaladores divisionaria

Estado mayor y sección número 1.—Tres destacamentos de cable (48 kilómetros de cable y nueve puestos telegráficos). Enlaces en el interior de la división ó según las necesidades. Cuatro ginetes, ocho ciclistas y nueve motociclistas. Enlaces á vista y transmisión de partes, en concurrencia con el telégrafo ó á falta de éste.

Compañía de señaladores divisionaria

Secciones números 2, 3 y 4.—Dos destacamentos telefónicos (trece kilómetros de cable y diez aparatos portátiles). Enlaces en el interior de las brigadas ó entre éstas y la artillería. Ocho ciclistas. Comunicaciones á simple vista y transmisión de partes, en concurrencia con el teléfono ó á falta de éste.

Compañía de señaladores (sin conductor)

Tres estaciones sin conductor (sobre ruedas). Enlaces entre el cuartel

general, el cuartel general de la división de caballería y las brigadas montadas. Nueve motociclistas. Trasmisión de órdenes.

Compañía de señaladores (con conductor aéreo)

Seis destacamentos provistos cada uno de diez y seis kilómetros de cable y dos estaciones secundarias, de treinta y siete kilómetros de cable y seis estaciones telegráficas. Enlaces entre el cuartel general ó el cuartel general de ejército y la base avanzada.

Compañía de señaladores de las líneas de comunicación

Ciento sesenta kilómetros de cable y diez estaciones. Dotación variable según las circunstancias. Enlaces á lo largo de las líneas de comunicaciones.

Este sistema de enlaces entre los principales elementos del cuerpo expedicionario se completa en las pequeñas unidades por un personal bastante numeroso de señaladores y ciclistas.

(De la *Revue Militaire des Armées Etrangères*).



OBSERVACIONES SOBRE EL EJÉRCITO JAPONÉS DURANTE
LA GUERRA DE LA MANCHURIA

En un libro que recientemente se ha publicado en Viena, el teniente coronel Dani, que durante la guerra ruso-japonesa estuvo agregado en el ejército japonés, formula algunas observaciones muy interesantes, que contradicen lo dicho por otros escritores, que acaso se dejaron impresionar más de lo debido por el triunfo de los nippones.

Dice el militar austriaco que los contingentes de guerra fueron rara vez alcanzados por las unidades japonesas; la fuerza de las compañías osciló entre 170 y 210 hombres, y la relación entre el efectivo de paz y el de guerra fué, por término medio, de 1 á 1,68 en las compañías y de 1 á 1,70 en los regimientos.

El fuego de la infantería rusa no fué muy eficaz. La bala del fusil no detenía en muchos casos á los hombres heridos por ella. En una ocasión, una guerrilla de 90 hombres tuvo 40 bajas; pero ninguno de los heridos abandonó las filas, lo cual fué motivo para que los rusos abandonaran la posición, creyendo que su tiro era ineficaz. En otro combate, el capitán de una compañía recibió dos balazos, y no se dió cuenta de ello hasta que hizo alto después de alcanzado el objetivo que se le había señalado. Sin embargo, hacia el fin de la guerra, era frecuente que ingresaran en las ambulancias y por consiguiente se retiraran de las líneas de fuego, muchos he-

ridos que sólo tenían lesiones sin importancia y que podían haber continuado en filas. Esos hechos se prestan á serias reflexiones, porque si, como el autor dice, esto acontecía tratándose de japoneses, ¿que sucedería en ejércitos donde abundan los anarquistas, socialistas y pacifistas?

Por regla general el combate por el fuego no resultaba decisivo. Cada día se impone más el principio de que hay que educar á la infantería en la idea de que para obtener la victoria será menester recurrir al combate al arma blanca, como extremo recurso, pero el único verdaderamente decisivo.

En cuanto al método de avance, se tendía siempre á extender el frente de los asaltos. Rara vez alcanzaban éstos una extensión menor que el frente de una compañía, y se procuraba que llegara al frente de dos ó más compañías y aún al de un batallón. A pesar de lo que dicen los reglamentos, se comprendió que los saltos ó avances de grupos pequeños no tienen ninguna utilidad y resultan difíciles é ineficaces.

La caballería japonesa dejó mucho que desear. Era más bién una infantería montada, que tendía siempre al combate á pie, en el que se mostraba muy diestra, pero que rehuía la ocasión de cargar y tenía poca movilidad. La costumbre de enviar siempre infantería en apoyo de la caballería acabó de hacer perder á esta última arma su principal medio de acción y motivó su ineficacia cuando se esperaba algo de ella. En Mukden, el fracaso de la caballería japonesa fué evidente y completo.

En el ejército japonés se ha pronunciado, después de la guerra, una corriente de opinión favorable á la artillería pesada, visto el poco resultado obtenido por la artillería de campaña contra los atrincheramientos rusos. Se creen necesarios tres calibres para la artillería pesada de campaña los obuses de 15 centímetros, que constituyen el armamento ideal; algunos de 12 centímetros, muy propios para ejecutar el fuego indirecto á cualquier distancia, y de una movilidad casi igual á la de la artillería de campaña; y cañones pesados, de 10 centímetros, para demoler construcciones. La proporción en que deberían entrar esas tres clases de piezas, sería de 4, 2 y 1.

Durante el sitio de Port Arthur, se observó que al poco tiempo de fuego, las baterías de morteros perdían gran parte de su poder. Se notaba una disminución de alcance que variaba de 220 á 350 metros, y resultaban muy desiguales los tiros ejecutados por los diferentes morteros, aun dentro de una misma batería.

Casi nunca fué posible que los comandantes de batería mandasen su unidad á viva voz. Era preferible que se dedicasen á la observación del tiro.

Respecto de las ametralladoras, es unánime el deseo en el ejército japonés, de que tales piezas puedan ser manejadas y reparadas fácilmente durante la obscuridad de la noche, de que conviene concentrar muchas ametralladoras durante una persecución, y de que sería deseable disponer

de algunas ametralladoras de 2,5 á 3 centímetros de calibre, para hacer más eficaz el tiro contra las trincheras y ligeras obras de tierra. En la actualidad se sacrifica demasiado á la conveniencia de que el calibre de esas piezas sea el mismo que el del fusil.

EJERCICIOS DE TIRO CONTRA EL "SAN MARCOS," EN LOS ESTADOS UNIDOS

Tomándolo de la *Rivista di Artiglieria e Génio*, que á su vez lo copia de la *Marine-Rundschau*, damos á continuación un resumen de los ejercicios de tiro que tuvieron lugar en los Estados Unidos contra el *San Marcos*, y de los que se dedujeron interesantes enseñanzas.

La distancia de tiro fué de 8000 á 11000 metros para la artillería de grueso calibre, y de 6.300 metros para la de calibres medios. Ejecutó el tiro el acorazado *New-Hampshire*, de 18.000 toneladas. El *San Marcos*, antiguamente *Texas*, fué dado de baja en 1910, y tenía 6.400 toneladas.

El *Hampshire* navegaba á una velocidad de 10 nudos durante el tiro.

Sobre el *San Marcos* se habían colocado siluetas que representaban la tripulación, y las bodegas estaban ocupadas por carbón en sus dos terceras partes; las máquinas estaban en presión. Se habían establecido telémetros y otros aparatos de los que ha de disponer el mando durante un combate naval, y se habían embarcado gallinas y gatos, algunos de los cuales se encerraron en las torres; no había municiones á bordo.

El crucero *Des-Moines* se situó á 2000 metros al Norte del blanco para la observación lateral. El tiempo era favorable.

Los ejercicios tenían por objeto el estudio de los siguientes puntos: 1.º la dirección del tiro y los procedimientos de tiro; 2.º la probabilidad de dar en el blanco á grandes distancias, bajo la línea de flotación y la eficacia de cada clase de disparos; 3.º El funcionamiento de la espoleta de los proyectiles rompedores; 4.º la disminución de eficacia, á las grandes distancias, de la artillería moderna hacia el fin de número de disparos que puede hacer; 5.º la acción de las diversas clases de proyectiles.

El primer día se dedicó al tiro con artillería de grueso calibre, empleándose cañones de 30,5 y 20,3 centímetros. Cada descarga se componía de cuatro disparos de 30,5 y cuatro de 20,3. Para determinar la distancia, se inició el fuego con dos cañonazos aislados.

La segunda jornada se dedicó al tiro con cañones de 17,8 á partir de la distancia máxima de 6300 metros, disparándose 22 andanadas de cuatro tiros.

Se obtuvieron resultados muy satisfactorios. El tiro se ejecutó con notable precisión, hasta el punto de que el Ministro de Marina fué de opinión que se hubiera podido aumentar la distancia á 10.000 metros con

Entre las principales enseñanzas deducidas de este ejercicio, las principales fueron las siguientes. Es indispensable prescindir de la madera á bordo de un barco de combate. Las del *San Marcos* quedaron destruidas hasta tal punto, que las astillas y fragmentos que saltaron habrían puesto seguramente fuera de combate á la mayor parte de la dotación. Además, así que las alcanzaban las llamas ó el calor de la explosión de los proyectiles, provocaban incendios.

Es también necesario que la coraza se prolongue por debajo de la línea de flotación, para proteger la quilla. Un proyectil que la hiera bajo el agua, es capaz de atravesar la capa de acero de la quilla.

La coraza de las torres de combate ha de ser de mayor espesor. La torre del comandante fué completamente destruída por dos disparos (uno de 20,3 perforó lateralmente la torre del mando y destruyó todos los aparatos del mando; el otro, de 30,5 arruinó toda la torre).

El funcionamiento de las espoletas dejó que desear. Cuatro granadas estallaron en el aire, y otras no hicieron explosión. Pero las pocas granadas en las cuales funcionaron normalmente las espoletas, produjeron enormes daños.

El *New-Hampshire* entró en arsenal después del tiro, para cambiar los cañones de grueso calibre.

Conviene observar que la marina norte-americana no repara en gastos ni sacrificios para completar la instrucción de tiro, á la cual dedica cada año una suma aproximada de siete millones y medio de francos.

Como el *San Marcos* no reunía las condiciones de acorazado moderno, y por consiguiente no se pudieron deducir enseñanzas completamente concluyentes sobre ciertos puntos, se está construyendo un pontón-blanco para los ejercicios de tiro, que corresponde á los barcos de tipo reciente y cuya coraza se prolonga por debajo la línea de flotación. En una de sus partes está organizado como acorazado y la otra como crucero.